



Trace. Travaux et Recherches dans les
Amériques du Centre
ISSN: 0185-6286
redaccion@cemca.org.mx
Centro de Estudios Mexicanos y
Centroamericanos
México

Sonnleitner, Willibald
Territorios y Fronteras del voto en Centroamérica. Hacia una agenda de geografía
electoral para el istmo
Trace. Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre, núm. 48, 2005, pp. 90-108
Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=423839504007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Territorios y Fronteras del voto en Centroamérica

Hacia una agenda de geografía electoral para el istmo

Willibald
Sonnleitner

CEMCA / CREDAL - IHEAL
wsonnlei@yahoo.com

He observado, frecuentemente, en las elecciones, que las opiniones políticas están sujetas a una repartición geográfica. Cada partido, o más exactamente, cada tendencia ha su dominio; y con un poco de atención se distingue que hay regiones políticas como hay regiones geológicas o económicas, y climas políticos así como hay climas naturales. [...] De acuerdo con una opinión común las elecciones no son más que un dominio de incoherencia y de fantasía. Observándolas a la vez desde cerca y desde lo alto, he llegado a una conclusión contraria. Si, según las palabras de Goethe, el infierno mismo tiene sus leyes, ¿la política no tendría también las suyas?

André Siegfried 1913 [1995: 39 y 57]

EN 1913 UN JOVEN CIENTÍFICO apasionado de elecciones y de geografía trazaba un “*Cuadro político de Francia del oeste bajo la Tercera República*” (Siegfried 1913). Su análisis de los once escrutinios legislativos que se habían realizado entonces desde 1871 en aquella región, de una precisión y fineza magistrales, sentarían las bases para el desarrollo posterior de las ciencias políticas en Francia. Cerca de un siglo más tarde, los descubrimientos y las intuiciones de André Siegfried no solamente siguen teniendo actualidad en el hexágono; invitan a traspasar las fronteras de las “viejas democracias” para interesarse en las nuevas tierras conquistadas por el sufragio universal.

Esta apuesta es válida para toda América Latina, incluyendo las cinco pequeñas repúblicas centroamericanas. Desde hace 25 años, la región entera conoce un irresistible movimiento de democratización. Mientras que en 1978, únicamente Colombia, Venezuela –pero también Costa Rica– organizaban procesos electorales libres y competitivos, hoy en día la casi totalidad de los gobernantes latinoamericanos son designados y renovados periódicamente mediante el sufragio universal y secreto. Dicha transformación es el resultado de la convergencia de procesos exógenos y endógenos, macro y microsociológicos, que van a encontrar condiciones propicias tras las crisis de los régímenes nacionalpopulistas y militares. Como lo ilustran los mapas que anexamos en la introducción de la parte cartográfica de esta entrega, se trata verdaderamente de un fenómeno transversal con una dinámica territorial, que se extiende a la manera de dos “olas democratizadoras”, desde el norte de la región andina hasta el Cono Sur, y desde Centroamérica hasta México.

No obstante, hay que guardarse de sacar conclusiones apresuradas de esta impresionante transformación. El futuro de estas jóvenes democracias se vislumbra aun ambivalente, fundamentalmente incierto. Como se ha visto anteriormente, y como lo veremos enseguida, las instituciones democráticas están lejos de estar consolidadas. Después de haber suscitado el entusiasmo popular durante las primeras elecciones “fundadoras”, las promesas incumplidas de muchos gobernantes no tardaron en alimentar las frustraciones de los electores. Pero el desencanto profundo con la democracia “realmente existente” también se debe a la degradación de la situación socioeconómica, y resulta de la simultaneidad y confusión entre los procesos de liberalización política y económica.

Porque es, precisamente, en este contexto singularmente adverso que se desarrollan los procesos de democratización. Estos enfrentan desafíos colosales en toda la región, pero particularmente en Centroamérica, donde a la crisis económica se le agrega la violencia política. Y sin embargo, se registran avances reales en la calidad de las elecciones, aun cuando ello no siempre se refleje mediante una mayor legitimidad de los gobernantes. Por ello, el análisis espacial y multidimensional del voto no solamente se ha vuelto posible en Centroamérica. Mediante una perspectiva comparativa, este enfoque permite explorar las transformaciones recientes de la geografía electoral en el istmo, identificando las dinámicas espaciales de la participación ciudadana, revelando las estructuras territoriales del voto y de los partidos políticos, y facilitando la detección de irregularidades e inconsistencias en los procesos electorales. Todo ello configura una rica agenda para futuras investigaciones sobre las mutaciones temporales y territoriales del poder político en Centroamérica.

EXPLORANDO NUEVAS FRONTERAS PARA EL ANÁLISIS TERRITORIAL DEL VOTO

Paradójicamente, la conquista de elecciones libres a lo largo de los años 80 coincide, en América Latina, con otra profunda y silenciosa revolución, de orden económico, social y demográfico. Dentro del contexto de la crisis de la deuda desencadenada en 1982, todos los países se vieron obligados a realizar reformas estructurales, a reducir drásticamente el gasto público, a privatizar, desregular y abrir sus economías. Este retroceso y abandono del estado de bienestar se tradujo en la agravación de la pobreza y la fragmentación social, así como en una dependencia creciente de las sociedades latino y centroamericanas. A este problema se suma el recrudecimiento de la inseguridad y de violencias heteróclitas, ligadas a la persistencia de las guerrillas pero, sobre todo, a la delincuencia y al narcotráfico.

Los desafíos de la democratización electoral en el contexto latino y centroamericano

Así, no sorprende el preocupante balance establecido recientemente por un informe regional del PNUD (2004) sobre el estado actual de la democracia en América Latina. En éste, se habla de un “triángulo” compuesto por la *democracia* –que es la única que sí ha conocido avances sustanciales en sus aspectos electorales y formales–, la *pobreza* –que más bien se ha agudizado, particularmente en Centroamérica– y la *desigualdad* –que también ha seguido incrementándose en los últimos años, y es hoy la más elevada de todo el mundo. Tampoco sorprende que, frente a estas dificultades estructurales, la democracia tienda a ser juzgada a la luz de los resultados de los gobiernos que la encarnan. Sospechados de corrupción, de incompetencia y de todas las complicidades, los partidos políticos y los congresos inspiran, hoy en día, menos confianza entre las opiniones públicas que la Iglesia o la televisión, e incluso menos que las fuerzas armadas o la policía...¹ De ahí el déficit de legitimidad y la crisis de la representación política, que se manifiestan a través de un cuestionamiento creciente de las instituciones, así como de un abstencionismo que no cesa de crecer a escala regional.

Y, sin embargo, los latinoamericanos no parecen estar totalmente desencantados con la democracia. Sus tasas de aprobación, después de haber tocado fondo en 2001 (pasando por debajo del umbral psicológico del 50%), se recuperan a partir de 2002 para estabilizarse alrededor del 53% en 2003 y 2004. En contraste, tan solo el 15% de los encuestados afirma últimamente que “en algunas circunstancias, un régimen autoritario puede ser preferible a un régimen democrático”. A decir verdad, la preocupación real sería entonces el débil nivel de *satisfacción* con el funcionamiento efectivo de la democracia, que no suscita una respuesta positiva para más del 29% de los encuestados en 2004, y contrasta

Para entender las lógicas más finas de los procesos políticos y electorales, cabe trascender el nivel nacional para explorar sus dinámicas temporales y territoriales.

fuertemente con el 55% que admiten que “no les importaría un gobierno no democrático en el poder si resuelve los problemas económicos”... (Latinobarómetro 2001-2004).

Pero sobre todo, los latinoamericanos no se equivocan cuando caracterizan los contenidos de la democracia. Si bien la “libertad”, la “igualdad” y la “justicia” siguen siendo las primeras nociones a ser asociadas espontáneamente con ella, son las “elecciones regulares, limpias y transparentes” las que ocupan –y desde lejos– la primera posición entre los rasgos principales de su definición precisa. Asimismo, en 2004 el 53% de ellos siguen pensando que el voto sí importa y que éste “puede hacer que las cosas sean mejores en el futuro”. Por otra parte, pese a la débil confianza que actualmente les inspiran sus congresos y representantes políticos respectivos, en 2002 el 52% de los latinoamericanos concordaban en decir que no puede haber democracia sin estas dos instituciones. Esto no impide que el 52% de ellos admitan igualmente que, para ellos, el desarrollo económico es más importante que la democracia (contra solamente el 25% que juzgaba ésta última como prioritaria), y que el 53% de ellos eran más impacientes aún cuando lo que esperaban es que este desarrollo se produjera en menos de 10 años... (Latinobarómetro 2001-2004).

Las noticias son aún peores cuando entramos en el análisis de los datos disponibles para Centroamérica, que sitúan a varios países del istmo como focos rojos de la crisis política. Así, en 2003 tan sólo en Costa Rica una clara mayoría sigue apoyando la democracia (77%), mientras que Honduras (55%) y Nicaragua (52%) conocen un contexto menos entrañable, y El Salvador (46%) y Guatemala (33%) se encuentran en una situación verdaderamente preocupante. En este último país, la proporción de ciudadanos que apoyarían a una dictadura rebasa incluso ligeramente (34%) a las otras dos terceras partes de ciudadanos “democráticos” e “indecisos”. Por supuesto, ello se relaciona claramente con los altos grados de descontento con el desempeño de las democracias. En todos los países, la proporción de ciudadanos insatisfechos rebasa la de los satisfechos, variando la distancia entre tres puntos porcentuales en Costa Rica, y 23 puntos en Guatemala. A su vez, la confianza en los partidos políticos no rebasa el 12% en ninguno de los países del istmo, descendiendo a menos del 8% de los encuestados en Nicaragua y Guatemala. Por si todo esto fuera poco, dentro de los sectores más excluidos –como por ejemplo el de los indígenas guatemaltecos– muchos encuestados parecen eludir las preguntas relacionadas con el autoritarismo, y ser aun más escépticos en cuanto a la democracia y los partidos políticos...²

Un panorama ambivalente y mitigado, en síntesis, que se refleja en una multiplicidad de adjetivos cada vez más preocupantes, destinados a caracterizar la especificidad regional de los regímenes políticos, particularmente cuando se habla de los países de Centroamérica. Las democracias “delegativas” (O’Donell 1992), “en desarrollo” (Van Euwen 1995) y “degradadas” (Dabène 1997) de América latina se transforman, aquí, en democracias “sospechosas” (Rouquié 1992) o “de baja intensidad” (Torres-Rivas 1992), en democracias “inciertas” (Cardenal y Martí 1998)... ¿Cuáles son entonces las perspectivas de consolidación de los regímenes representativos centroamericanos y de qué manera podemos evaluarlas? En un contexto de crisis generalizada, Guy Hermet (2001) tiene toda la razón en señalar las limitaciones de una percepción puramente

institucional o formal de la democracia, e insistir sobre la necesidad de indagar en sus contenidos cualitativos más profundos. Pero ello no significa que el análisis de las elecciones ya no tenga sentido. Al contrario, el estudio sistemático, espacial y multidimensional del voto, constituye una entrada privilegiada para abordar desde una perspectiva innovadora los procesos de democratización de la región.

Las “ventajas comparativas” del análisis espacial y multidimensional del voto

Al comparar las distintas experiencias de descubrimiento y aprendizaje del pluralismo electoral en América latina, no podemos sino pensar que todos ellos forman parte de un fenómeno mucho más amplio y complejo, de alcance continental.³ Pero al mismo tiempo, la sincronización de las transiciones democráticas tampoco debe hacer olvidar que se trata de un conjunto de procesos multiformes y de larga duración, con fuertes especificidades territoriales, nacionales y locales. Como es bien sabido, los procesos sociales y las instituciones no funcionan de manera homogénea en el conjunto del territorio nacional, sino que su desarrollo y eficiencia dependen fuertemente de peculiaridades locales y de la presencia efectiva del Estado. Para entender las lógicas más finas de los procesos políticos y electorales, resulta entonces indispensable trascender el nivel estrictamente nacional para explorar las dinámicas temporales y espaciales, así como los *clivajes* sociodemográficos y territoriales que estructuran los diversos países. Al enriquecer el análisis mediante una multiplicidad de escalas de observación, la geografía electoral permite rescatar esta diferenciación espacial de las dinámicas políticas (Le Bras 2002; Bussi 1998).

De ahí el interés de profundizar los esfuerzos comparativos, multiplicando las escalas analíticas y los contextos de observación. Ello, no solamente para entender mejor las especificidades locales y nacionales de los procesos electorales sino, también, para captar de manera transversal, qué dimensiones estructurales y coyunturales –de orden sociocultural, institucional y político–, qué tipo de estrategias, actitudes y rationalidades inciden sobre sus fluctuaciones. La participación electoral depende, así, de una multiplicidad de factores que pueden ser analizados en diversos niveles y escalas, integrando por ejemplo: la dispersión geográfica y la composición sociocultural, religiosa, étnica y lingüística de la población; la presencia desigual del Estado y el grado efectivo de integración nacional; las dinámicas y los desequilibrios territoriales del desarrollo socioeconómico; la acción de redes y organizaciones con diversas formas de participación y movilización política; y la existencia de zonas grises que escapan a las dinámicas generales de las sociedades.

Centroamérica constituye un campo de estudio particularmente fecundo para desarrollar investigaciones comparativas y transversales. Por haber sido administrados conjuntamente durante la época colonial, por haber integrado una efímera confederación hasta 1838 y por haber compartido desde entonces una situación geopolítica común, los países del istmo se caracterizan por una marcada interdependencia económica y política, al grado que algunos especialistas han podido hablar de “una sola nación dividida en varios estados” (Rouquié, 1992). Dichas convergencias serán acentuadas por los conflictos armados de la década de 1980, cuya solución forjará una fuerte identidad centroamericana y contribuirá a reactivar el proceso de integración regional. Pero al mismo tiempo, la fragmentación y la debilidad de los pequeños estados del istmo contrastan fuertemente con sus vecinos del norte y del sur, haciendo de Centroamérica un mosaico de unidades demográficas, socioeconómicas y políticas fuertemente divididas y diferenciadas. Se trata, pues, de un verdadero laboratorio para el análisis territorial y comparado de los procesos electorales en todos los niveles y en todas las escalas de la geografía política.

Este tipo de análisis se ha vuelto, hoy en día, posible en el istmo, a condición de considerar las limitaciones concretas de los datos disponibles. En efecto, estos últimos años todos los

países han organizado comicios cada vez más frecuentes, libres y competitivos, produciendo una considerable cantidad de información, de un valor analítico inestimable. Estos datos son, por definición, del dominio público, y simplemente tienen que ser sistematizados en las distintas escalas de la geografía política. No obstante, sí resulta indispensable completar la recopilación de los resultados electorales mediante estudios sistemáticos de las condiciones precisas en las que éstos fueron producidos, lo que obliga a revisar cuidadosamente las historias respectivas de los procesos de democratización en los distintos países de la región. En efecto, la legislación y la calidad de las contiendas no dejaron de cambiar, las listas de inscritos no son siempre confiables y también persisten, por supuesto, inconsistencias y prácticas fraudulentas en algunas regiones o municipios.

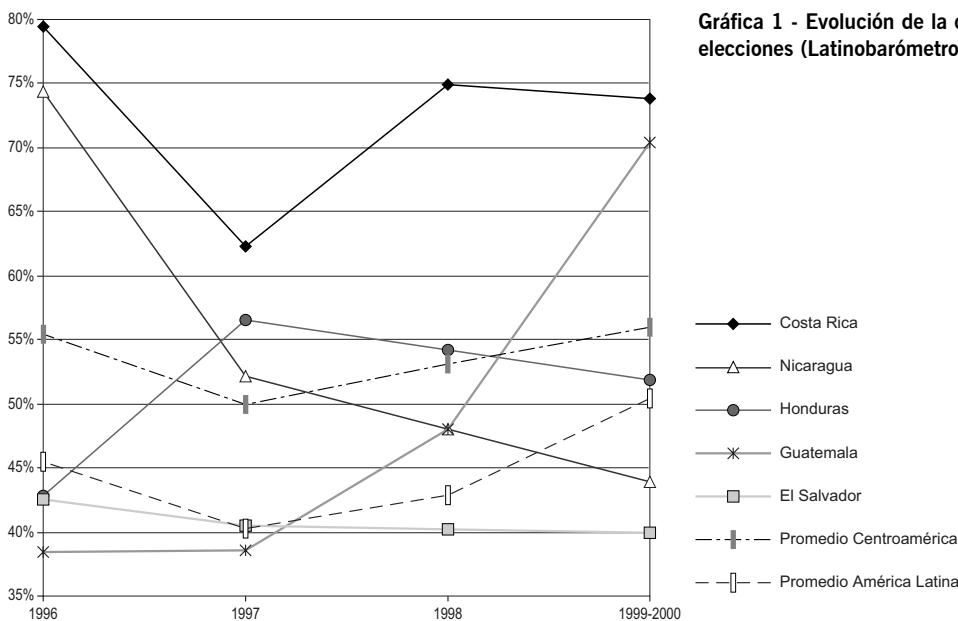
Esta advertencia es particularmente importante para Centroamérica. Aquí, se puede hablar hoy en día razonablemente de elecciones competitivas, pero por mucho tiempo dichas contiendas no se ejercieron en condiciones suficientemente propicias para calificarlas enteramente de libres y democráticas. Como lo hemos visto en las contribuciones precedentes, a lo largo de la década de 1980 la polarización extrema generada por los conflictos armados en Nicaragua, El Salvador y Guatemala obliga a matizar el significado de procesos electorales en los que sectores y fuerzas importantes del espectro político estaban excluidos o no participaban en las elecciones, cuando no se oponían abiertamente a ellas. De manera más general, cabe destacar que la ciudadanía es un concepto y un fenómeno muy reciente en el istmo, que no necesariamente ha adquirido un significado coherente para el conjunto de los sectores de las sociedades de la región.

De ahí la necesidad de seguir indagando en las historias específicas que se encuentran detrás de los procesos electorales, con el afán de proporcionar elementos sólidos para evaluar, con la debida distancia crítica, la calidad efectiva de los comicios respectivos y de sus resultados sucesivos desde los inicios de la democratización. Un enfoque que tiene, por supuesto, un interés científico a parte entera, en la medida en la que la historia misma de la producción de los resultados electorales revela precisamente los vaivenes y las dinámicas más profundas de los procesos de democratización. Pero, ¿qué confiabilidad y legitimidad tienen hoy en día los procesos electorales en el istmo?

Los avances formales de la democracia electoral y su déficit de legitimidad

Para empezar, cabe destacar que, con todo y los problemas que plantea la interpretación de sus significados, los resultados electorales cuentan entre los indicadores más valiosos para el estudio del cambio político en Centroamérica, tanto por su grado excepcional de precisión y confiabilidad, como por su elevada frecuencia y periodicidad. Ello se debe, por supuesto, a las condiciones singulares de su producción, que se lleva a cabo bajo el escrutinio y el control estrechos de una multiplicidad de actores y observadores, provenientes tanto de los partidos políticos como de los medios de comunicación y de los distintos sectores de la sociedad civil. Asimismo, los importantes esfuerzos legales, organizativos y logísticos realizados en los últimos años por los organismos electorales les han conferido a las elecciones una creciente precisión y confiabilidad, sin incrementar necesariamente por ello la legitimidad política de sus resultados.

Ello lleva a una curiosa disyuntiva entre la evaluación de la *calidad técnica* que de ellos hacen los especialistas –quienes destacan los avances sustantivos realizados en los aspectos “formales” de la democracia electoral–,⁴ y la *percepción ciudadana* de la calidad de las elecciones –que está sufriendo cada vez más de la crisis de legitimidad que afecta a los partidos y a las clases políticas centroamericanas. Así, en su evaluación reciente del estado actual de la democracia en América Latina, el PNUD (2004) considera que, a lo largo de los últimos 25 años, el *Índice de Democracia Electoral* (IDE) ha progresado constantemente a nivel regional, pasando de 0.28 en 1977 a 0.93 en el 2002. Y cabe destacar que Centroamérica es



Gráfica 1 - Evolución de la confianza en las elecciones (Latinobarómetro 1996-2000)

la subregión que más ha avanzado según este indicador, situándose, hoy en día, por encima del promedio latinoamericano (con un 0.97).⁵ En contraste, la percepción pública de la calidad de las contiendas electorales no ha dejado de deteriorarse. Según datos del latinobarómetro (1996-2000), en promedio solamente el 45% de los latinoamericanos las consideró limpias entre 1996 y 2000, notándose un ligero incremento al final, con el 50% de los encuestados. Para los fines de este estudio, dichas tendencias merecen un análisis más detallado, por lo que se incluye la siguiente gráfica (véase la gráfica 1).

Para empezar, estas tendencias ilustran un marcado contraste subregional entre Costa Rica (que mantiene altos índices de confianza a lo largo de todo el período, con una caída puntual en 1997 pero con un promedio del 72.6%), y los otros cuatro países del istmo, que muestran cada uno notables especificidades. Así, se registra una fuerte y constante caída de la confianza de los electores en Nicaragua, muy probablemente relacionada con las dificultades técnicas y con las denuncias de fraude que se registraron en los comicios generales de 1996 (Baldizón, en este número). En contraste, Guatemala registra una tendencia creciente e inversa (partiendo del 38% en 1996 pero alcanzando el 70% en 2000), lo que ilustra entre otras cosas el impacto concreto que han tenido los esfuerzos del TSE para mejorar los procesos electorales. Honduras conoce, a su vez, altibajos que la sitúan alrededor de un promedio del 50%, con una tendencia ligeramente creciente. Y finalmente, El Salvador destaca por su constante y persistente desconfianza hacia la calidad de las elecciones, partiendo del 43% y concluyendo el período con el 40%.

En resumidas cuentas, a pesar de contar hoy en día con procesos electorales cada vez más confiables y competitivos, muchos ciudadanos centroamericanos aun expresan importantes reservas en cuanto a la limpieza efectiva de las contiendas democráticas. Más problemático aun resulta, evidentemente, la interpretación de los comportamientos y contenidos que se encuentran detrás de las preferencias electorales. ¿Qué significa concretamente el voto en el istmo, y cómo se puede estudiar éste desde una perspectiva propiamente territorial?

CUATRO EJES TRANSVERSALES DE LA GEOGRAFÍA ELECTORAL CENTROAMERICANA

En teoría, el voto es el resultado de la confrontación de una demanda política ciudadana con una oferta política partidista, una respuesta individual a una pregunta cerrada. Pero las contiendas electorales no solamente constituyen consultas multitudinarias, que manifiestan la correlación de fuerzas entre los distintos grupos que compiten por el poder. Ponen en juego la selección, la permanencia, la renovación y la legitimidad misma de los gobernantes,

confiriéndole un peso cuantificable y un poder decisivo a los proyectos políticos de los diversos sectores organizados que conforman las sociedades. Revelan, asimismo, un complejo conjunto de lealtades, intereses e identidades colectivas territorializadas, fuertemente estructuradas y articuladas en los distintos niveles de la geografía política.

Por ello, el análisis territorial y comparativo de los procesos electorales en sus distintas dimensiones espaciales y temporales abre nuevas posibilidades al estudio y a la comprensión del cambio político en Centroamérica. En vistas de contribuir a alimentar una agenda para futuras investigaciones, a continuación esbozamos cuatro ejes transversales para el estudio de la geografía electoral centroamericana: (1) las dinámicas espaciales de la participación electoral; (2) las estructuras territoriales del voto y de las ofertas partidistas; (3) el análisis de los votos “quebrados” o cruzados; y (4) la detección espacial de irregularidades e inconsistencias electorales. Sin ser exhaustivas, estas cuatro dimensiones permitirán ilustrar algunas de las posibilidades del análisis espacial, multidimensional y comparativo del voto a partir de ejemplos concretos del istmo.

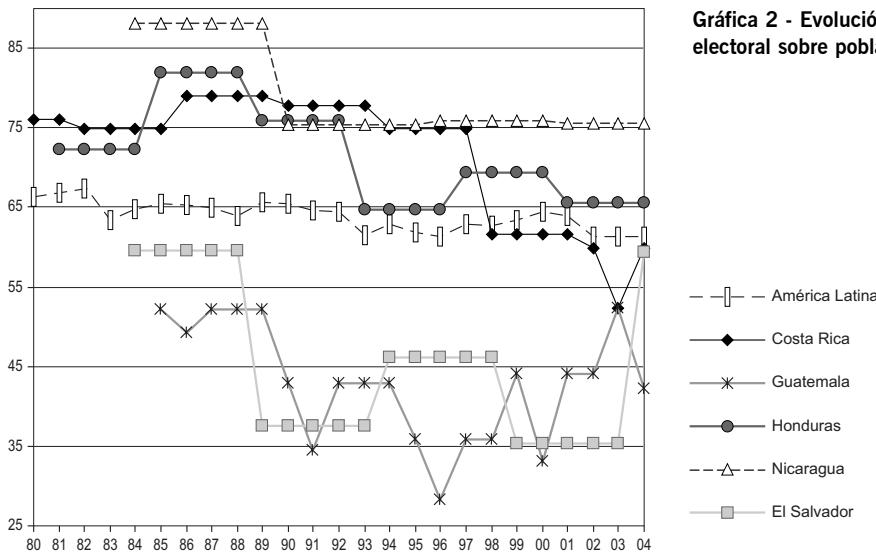
Las dinámicas espaciales de la participación electoral

Para empezar, cabe destacar las fuertes variaciones regionales de la participación electoral que, en sí mismas, plantean toda una agenda para la investigación. Como lo ilustra la gráfica 2, se pueden distinguir dos tendencias subregionales en Centroamérica: Nicaragua, Honduras y Costa Rica tienen una participación relativamente elevada, sensiblemente superior al promedio latinoamericano, a pesar de que los declives recientes registrados en los dos últimos países los han acercado claramente a este último. En cambio, Guatemala y El Salvador se caracterizan por tasas excepcionalmente moderadas de participación electoral, entre las más bajas de todo el continente americano.

Lo más interesante es que, a pesar de ser uno de los países más pobres de toda la región y de haber sido azotado por una violenta guerra civil, Nicaragua presenta una fuerte y constante participación ciudadana. Asimismo, los repuntes de la participación electoral en Guatemala (en las primeras vueltas de las presidenciales de 1985 y 2003) y en El Salvador (en las presidenciales de 1984 y 2004) ilustran que, ni la pobreza ni la violencia política, constituyen obstáculos inexorables para ir a votar. Por el contrario, permiten formular la hipótesis que, cuando las elecciones tienen un significado concreto e importante para los ciudadanos, y cuando éstas presentan un alto grado de incertidumbre democrática, éstos bien pueden poner de un lado su supuesta apatía para movilizarse fuertemente hacia las urnas. Así, cabe destacar que los últimos comicios presidenciales de 2003 en Guatemala (primera vuelta) y de 2004 en El Salvador movilizaron a una proporción casi idéntica de ciudadanos en edad de votar, que las últimas elecciones presidenciales costarricenses de 2002 (en su primera y segunda vuelta, respectivamente).

El segundo matiz proviene del fuerte incremento reciente del abstencionismo en Costa Rica, que ha suscitado interesantes debates sobre ese país. A nivel nacional, este fenómeno ha sido interpretado como uno de los principales indicadores de una profunda crisis del sistema democrático costarricense (Seligson 2001; Rovira Más 2001; Lehoucq 2005). En cuanto a las dinámicas espaciales de la participación, lo cierto es que se observan patrones territoriales sorprendentemente estables, que permiten distinguir cantones y regiones abstencionistas y participativas claramente diferenciados, en contraste con las tendencias de los principales partidos políticos, que tienden a fragmentarse territorialmente.⁷

Pero sobre todo, el caso de Honduras parece desafiar abiertamente la teoría democrática. Tanto en la escala de los 18 departamentos como en la de los 298 municipios de este país, también existe una fuerte correlación entre el nivel de desarrollo y la participación electoral. No obstante, esta relación estadística tiene un signo... innegativo! En otras palabras: son los departamentos y municipios *menos desarrollados* los que parecen *participar más* en las



Gráfica 2 - Evolución de la participación electoral sobre población en edad de votar.⁶

contiendas electorales. ¿Significa ello que el subdesarrollo propicia la integración política en Honduras, y que los sectores más prósperos y educados participan en menor grado en el juego electoral? El análisis sistemático de las dimensiones espaciales del abstencionismo, que realizamos conjuntamente con nuestros colegas hondureños, permite matizar y profundizar esta aparente paradoja. Primero, porque tal fenómeno solamente se verifica en las elecciones generales de 2001 y 1997 y, en menor medida, en las constituyentes de 1980 y en las generales de 1981, desapareciendo casi por completo entre 1985 y 1993. Segundo, porque en realidad, no son los municipios con *menores ingresos* sino más bien aquellos que tienen *mayores grados de desnutrición y analfabetismo* los que más acuden a las urnas. Pero sobre todo, porque la distribución geográfica del fenómeno permite identificar cinco dinámicas territoriales diferenciadas, en las que la relación entre el grado de desarrollo y la participación adquiere significados distintos y propios. En otras palabras, no son los hondureños con menos recursos monetarios los que más votan, sino que son más bien las personas más hambrientas y menos alfabetizadas las que se movilizan en mayor grado en algunas de las contiendas electorales recientes.

Siguiendo con los matices espaciales sobre la participación electoral, volvamos sobre el caso de Nicaragua, donde los vaivenes del abstencionismo parecen afectar, esencialmente, a los partidos y coaliciones antisandinistas, mientras que el FSLN cuenta con un electorado extraordinariamente estable y estructurado en términos territoriales. Ello también permite entender el éxito que obtuvieron sus candidatos en las elecciones municipales del 2000 y del 2004, a pesar de movilizar a muchos menos electores que durante las elecciones generales del 2001. Y, sin embargo, no parece haber una relación clara entre la distribución espacial del voto del FSLN y la participación electoral a nivel municipal. Dicha correlación fue significativa en las elecciones de 1984 y 1996, pero desapareció prácticamente en 1990, en 2000 y en 2001. En cambio, se observan otras correlaciones curiosamente elevadas, que resultan problemáticas de interpretar. En otras palabras, existen tanto bastiones sandinistas y liberales muy participativos, como bastiones sandinistas y liberales con altos porcentajes de abstencionismo electoral. Finalmente, no deja de sorprender que los datos que hemos podido sistematizar hasta la fecha tampoco indiquen una correlación significativa entre la participación ciudadana y el porcentaje de pobres, que éstos sean urbanos o rurales.

Asimismo, las dinámicas espaciales de la participación plantean algunos interrogantes en El Salvador. Aquí, se observa una fuerte estructuración territorial de este fenómeno a escala municipal, sobre todo entre 1994 y 1997, así como entre 2000 y 2003. En cambio, el fuerte incremento de la participación electoral en 2004 rompe totalmente con esta estructura geográfica, indicando una movilización ciudadana con características inusuales y propias. Asimismo, cabe notar que no se observa una relación clara entre el grado de urbanización y el nivel de la participación electoral, ni entre este último y la zona de conflicto. Finalmente,

País	Promedio del periodo	Instit. Dim. 1	Instit. Dim. 2			Instit. Dim. 3			Índice 2004	Índice LPI
			Volatilidad (2003)	Estabilidad (2003)	Identificación con los partidos (1996-2003)	Promedio D.2	Confianza en los partidos (1996-203)	Legitimidad del proceso electoral (1996-1999)		
Honduras	2.15	3.00	2.67	2.89	2.78	2.20	1.58	1.89	2.56	2.65
Nicaragua	2.27	2.75	2.78	2.79	2.79	1.91	2.00	1.96	2.50	2.02
Costa Rica	2.51	2.63	2.21	1.42	1.82	2.02	3.00	2.51	2.32	2.46
El Salvador	3.16	2.33	1.99	2.41	2.20	3.00	1.00	2.00	2.18	2.11
Guatemala	3.19	1.00	1.00	1.00	1.00	1.00	1.50	1.25	1.08	1.32

Cuadro 1 - Índice de Taagepera e índice de institucionalización.

Fuente: Payne, Zovatto, Carrillo y Allamand (2003), así como Achard y González (2004)

los efectos políticos de esta variable fundamental también resultan problemáticos de interpretar. Si bien es cierto que, a nivel nacional, las variaciones de la participación tienden a beneficiar o a afectar, principalmente, al partido ARENA, a nivel municipal la situación es muy distinta. En términos territoriales se observa, en efecto, una relación positiva y significativa entre la intensidad de la participación y el voto a favor del FMLN, mientras que dicha relación tiende a ser mucho menos fuerte, pero sobre todo negativa, entre el nivel de la participación y el voto de ARENA. En otras palabras, es preciso distinguir entre los efectos políticos *nacionales* de las variaciones de la participación entre dos elecciones sucesivas, y los efectos políticos municipales de dichas variaciones, lo que plantea nuevas vías para futuras investigaciones.

Finalmente, el caso de Guatemala es sumamente interesante. Aquí, se parte de un nivel relativamente elevado de participación durante las elecciones fundacionales de 1985, en las que resulta electo el demócratacristiano Vinicio Cerezo. Luego, ésta conoce un acentuado declive hasta mediados de los noventa, recuperándose paulatinamente para alcanzar nuevamente un nivel excepcionalmente alto en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2003, en las que participa como candidato del Frente Republicano Guatemalteco (FRG) el controvertido general Efraín Ríos Montt. Uno de los fenómenos más curiosos es que, si bien no se registra ninguna relación estadística entre el índice de desarrollo humano (IDH) y la participación electoral en las legislativas y en las primeras vueltas de las presidenciales de 1999 y 2003, en la segunda vuelta de las presidenciales de 2003 se produce súbitamente un re-alineamiento interesante. Y, entonces, sí aparece una correlación muy significativa entre el IDH y la movilización ciudadana en estos comicios decisivos [Pearson = +0.493], que llevan a Oscar Berger a la presidencia de la República. ¿Significaría esto que los *clivajes* socioeconómicos solamente se activan en ciertas coyunturas políticas, diluyéndose hasta desaparecer en otras circunstancias?

Las estructuras territoriales del voto y de la ofertas partidistas

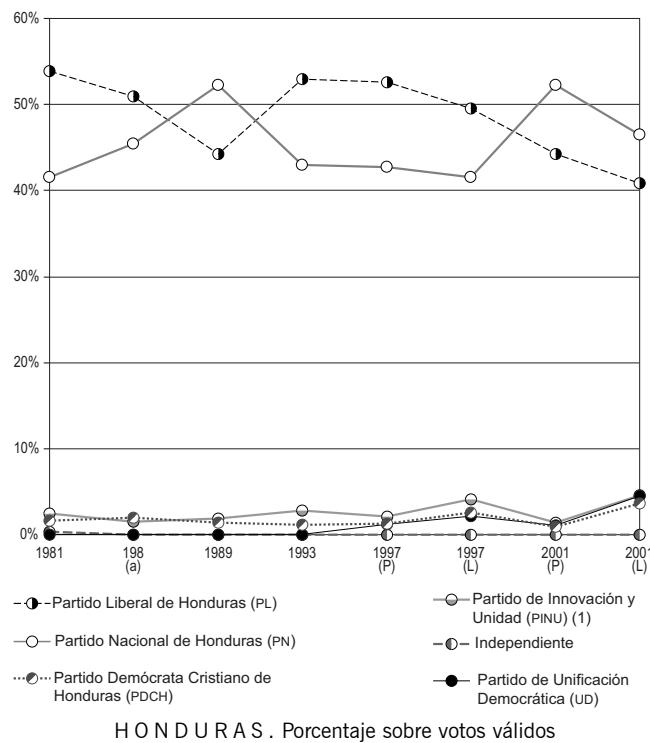
Un segundo eje temático que merece estudios más profundizados de geografía electoral es el grado de arraigo de la oferta partidista, y en particular su estructuración o fragmentación territorial efectivas. Según Álvaro Artiga González, en Centroamérica pueden distinguirse tres tipos de sistemas de partidos: Honduras y Costa Rica se caracterizan por sistemas “estructurados con moderación bipolar”; mientras que El Salvador y Guatemala tienen “sistemas no estructurados multipolares” y Nicaragua un sistema “poco estructurado” pero “con polarización bipolar” (Artiga 2000: 59). Asimismo, como lo confirman y resumen los indicadores seleccionados en el cuadro 1, las ofertas políticas de los cinco países del istmo muestran efectivamente diferencias muy notables tanto respecto a la evolución del número efectivo de partidos, como en las distintas dimensiones de su grado de institucionalización. De acuerdo con los estudios recientes de Payne, Zovatto, Carrillo y Allamand (2003), así como de Achard y González (2004), Honduras y Costa Rica tienen los índices más elevados de institucionalización, mientras que Nicaragua y El Salvador se encuentran en una situación

cambiente e intermedia, de transición. Guatemala destaca, finalmente, como uno de los países con menor institucionalización y mayor fragmentación partidista de toda América Latina (véase el cuadro 1: *Índice de Taagepera e índice de institucionalización*).

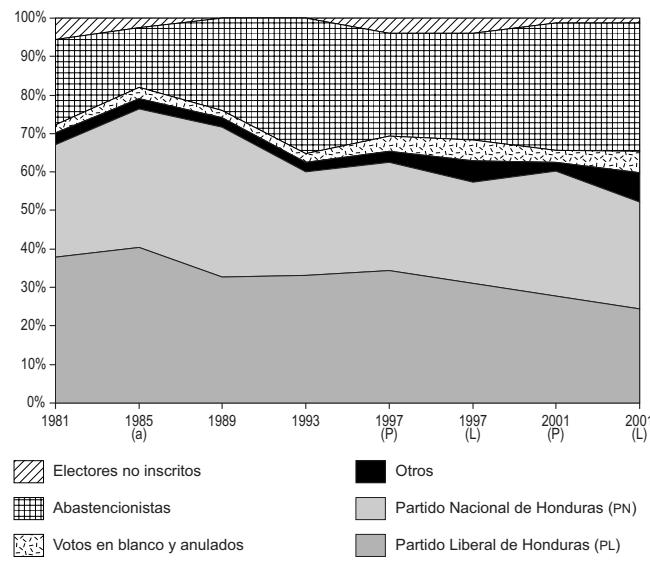
Por supuesto, cada una de las dimensiones de estos indicadores también puede estudiarse desde una perspectiva histórica y espacial, reintroduciendo sus evoluciones temporales y multiplicando las escalas analíticas hasta llegar a los niveles más finos de la geografía políticoelectoral. Para sintetizar las principales transformaciones estructurales del voto y de las ofertas partidistas centroamericanas a lo largo de los últimos 25 años, hemos elaborado un conjunto de gráficas que sintetizan, respectivamente, la fuerza relativa de los principales actores políticos a nivel nacional, así como su arraigo efectivo respecto al conjunto de la población en edad de votar.

Para empezar, destaquemos la fuerte estabilidad de los sistemas bipartidistas de Honduras y Costa Rica, aunque ambos países hayan conocido una creciente fragmentación en los últimos años, relacionada respectivamente con el debilitamiento del Partido Liberación Nacional (PLN) y del Partido Unidad Social Cristiana (PUSC) en Costa Rica, y con las reformas electorales recientes en Honduras (véanse las gráficas 3-6). No obstante, cabe destacar que ambos países aún se caracterizan por la competencia regular y reñida entre dos fuerzas políticas fuertemente estructuradas, que ha desembocado en una serie de alternancias pacíficas de los gobernantes. Ciertamente, este juego bipolar fue cuestionado seriamente por el candidato del Partido Acción Ciudadana (PAC) en las últimas elecciones presidenciales de 2002 en Costa Rica. Sin embargo, tanto el Partido Liberal de Honduras (PLH) y el Partido Nacional de Honduras (PNH), como el PUSC en Costa Rica, siguen contando con bases electorales estructuradas en términos territoriales, lo que otorga una relativa estabilidad a sus sistemas políticos.

Destaca aun más la sorprendente estabilidad del juego políticoelectoral en Nicaragua, aunque ésta se deba no a la coherencia de la oferta partidista, sino más bien a su estructuración en torno a un poderoso *clivaje* bipolar, que opone permanentemente al FSLN y los –hasta la fecha mayoritarios– sectores antisandinistas (véanse las gráficas 7-8). La fuerte estructuración espacial de este clivaje aparece claramente cuando se relaciona sistemáticamente la evolución del voto del frente a nivel municipal. Así, tras un cambio notable de la distribución geográfica de las bases sandinistas entre 1984 y 1990, éstas no cesan de estructurarse a lo largo de los noventa, alcanzando una sorprendente correlación



HONDURAS. Porcentaje sobre votos válidos



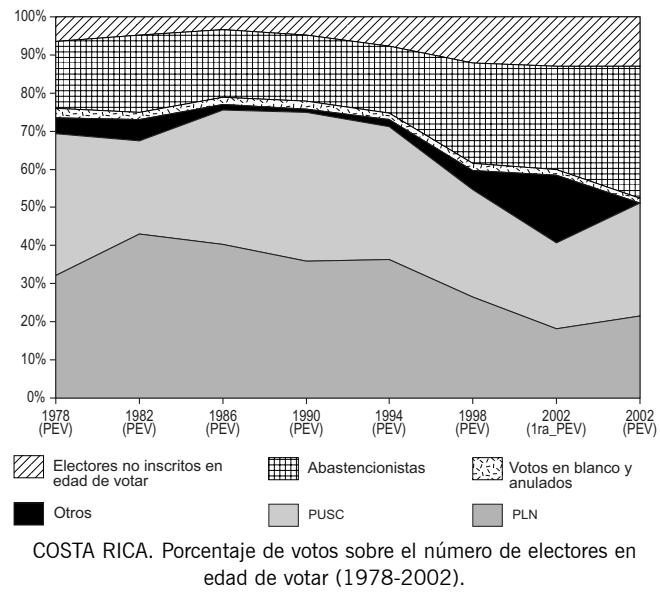
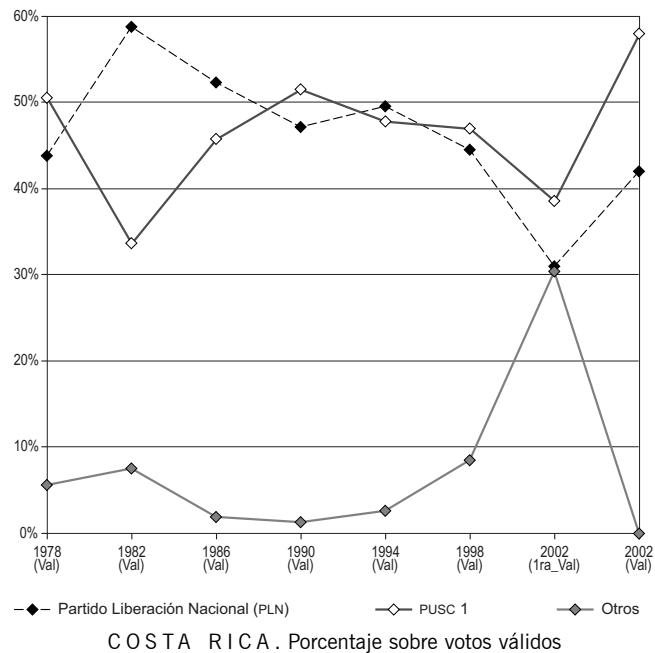
HONDURAS. Porcentaje de votos sobre el número de electores en edad de votar (1981-2001).

Gráficas 3 y 4 - Honduras.

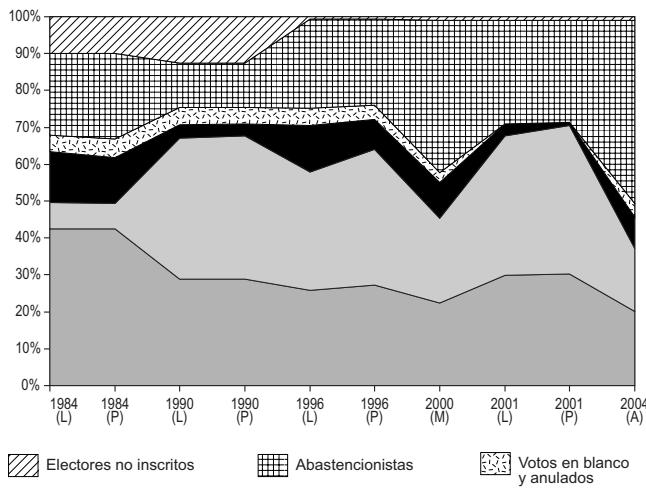
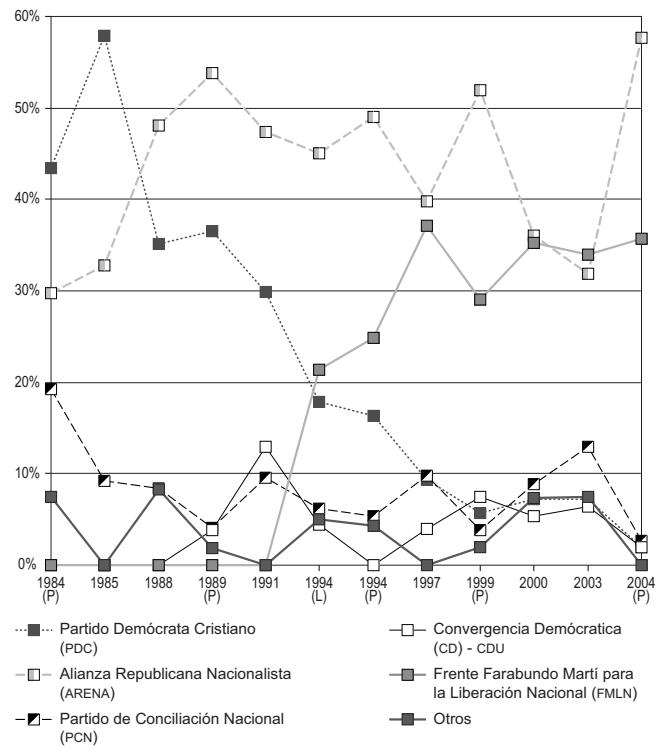
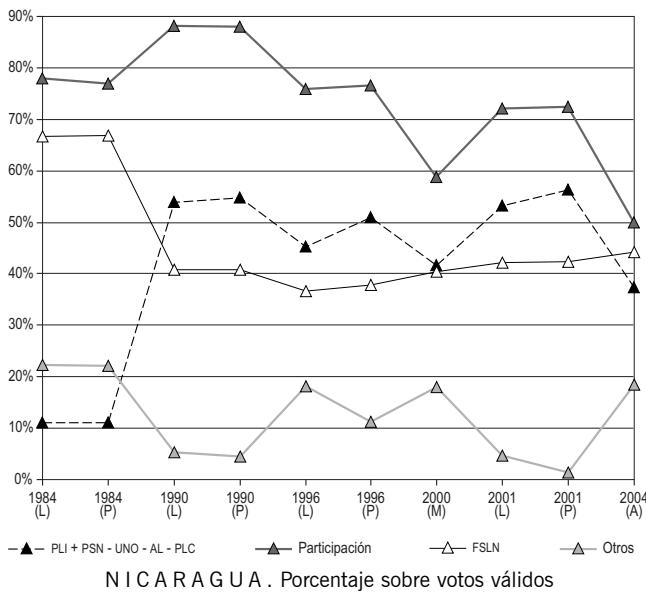
territorial entre las dos últimas elecciones presidenciales (Pearson = +0.949 y $r^2 = 90\%$). En otras palabras, en el 90% de los 151 municipios del país, no se verifica una variación significativa entre el porcentaje de quienes votaron por el FSLN en 1996, y quienes lo hicieron nuevamente en 2001. Y evidentemente, en la medida en la que el juego político nicaragüense está sumamente polarizado, este clivaje territorial también se verifica para el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) que, habiendo logrado constituirse como la principal alternativa al FSLN, también parece consolidarse entre 1996 y 2001, con una correlación Pearson de 0.932 [$r^2 = 87\%$] a nivel municipal.

En contraste, El Salvador presenta un grado mayor de fragmentación, que tiende a mantenerse en los comicios legislativos y municipales a lo largo de la transición, pero que suele reducirse considerablemente durante las elecciones presidenciales más recientes (véanse las gráficas 9-10). En efecto, la oposición entre el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) –que marcó la década de la guerra civil– también ha cedido paulatinamente a una creciente bipolarización en torno a las dos fuerzas que se enfrentaron durante el conflicto armado: la ARENA y el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). Ello aparece particularmente en las últimas elecciones presidenciales de 2004, que movilizaron fuertemente a la ciudadanía en torno a los candidatos de estos dos últimos partidos, y en las que las tercera fuerzas sufrieron un revés tan acentuado que estuvieron a punto de desaparecer del espectro político. Pero más allá de los efectos de arrastre que se observan tradicionalmente en los comicios presidenciales, lo que más llama la atención es la estructuración territorial creciente del FMLN, que se extiende paulatinamente a partir de sus principales bastiones municipales, y parece contar con un electorado mucho más estable que la gobernante ARENA.

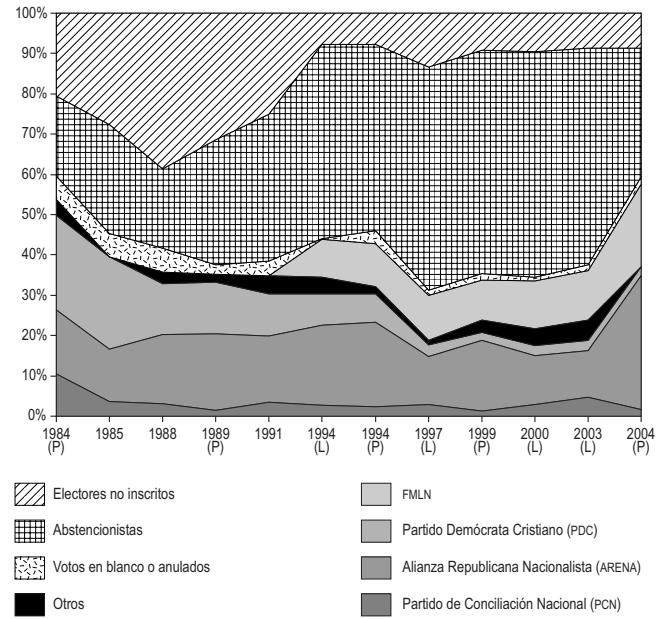
Finalmente, el caso de Guatemala resulta nuevamente excepcional, ya que aquí la fragmentación de la oferta partidista adquiere dimensiones verdaderamente dramáticas (véanse las gráficas 11 y 12). Desde 1985, 59 partidos y 12 coaliciones han participado en alguna de las elecciones nacionales. Sin embargo, la mayor parte de estas organizaciones son tan efímeras que resulta difícil seguirlas durante más de un proceso electoral. Como lo hemos visto, existen muchos casos de líderes políticos que, conservando el poder municipal o legislativo, cambian repetidamente de partido, por conflictos de intereses o por la simple pérdida de sus registros electorales (Mack, en este



Gráficas 5 y 6 - Costa Rica.



Gráficas 7 y 8 - Nicaragua.



Gráficas 9 y 10 - El Salvador.

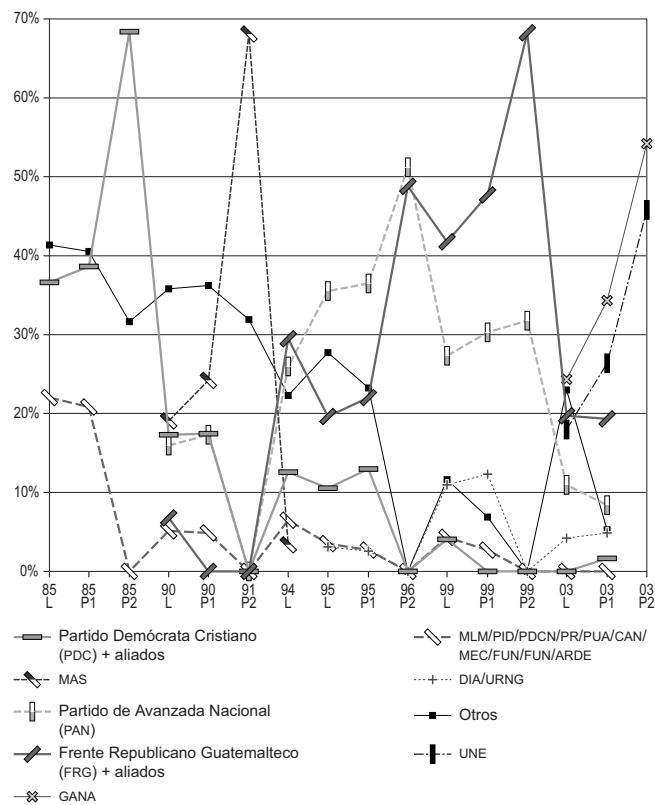
número). Pero sobre todo, llama la atención que ninguno de los partidos que tuvo la capacidad de conquistar la presidencia ha logrado conservar una parte significativa de los votos que le permitieron acceder a ella, desapareciendo en algunos casos simple y llanamente del espectro políticoelectoral. Y sin embargo, como lo ilustran los mapas que elaboramos con Luis Fernando Mack y Mathias Rull, incluso en este contexto de pulverización de la oferta partidista, la geografía electoral puede aportar elementos muy valiosos a la comprensión del comportamiento electoral de los guatemaltecos, revelando continuidades insospechadas en el ejercicio del poder municipal, y cuestionando muchos de los mitos recurrentes sobre la pretendida apatía electoral de los sectores indígenas.

Desde una perspectiva comparativa y sub-regional, finalmente, resulta interesante contrastar la evolución de las siguientes gráficas, que sintetizan las principales tendencias de estructuración o fragmentación territorial de los principales partidos políticos de Centroamérica, complementando únicamente los mapas que se estudian en las contribuciones cartográficas sobre cada país. Así, se observa un declive significativo del grado de arraigo territorial del PNH y del PLH en Honduras, así como fuertes variaciones del PUSC y una caída constante y estrepitosa del arraigo territorial del PLN en Costa Rica (véanse las gráficas 13 y 14). En contraste, tanto las coaliciones liberales y antisandinistas en Nicaragua, como el FSLN y el FMLN en El Salvador, conocen un incremento notable en su grado de estructuración territorial.⁸

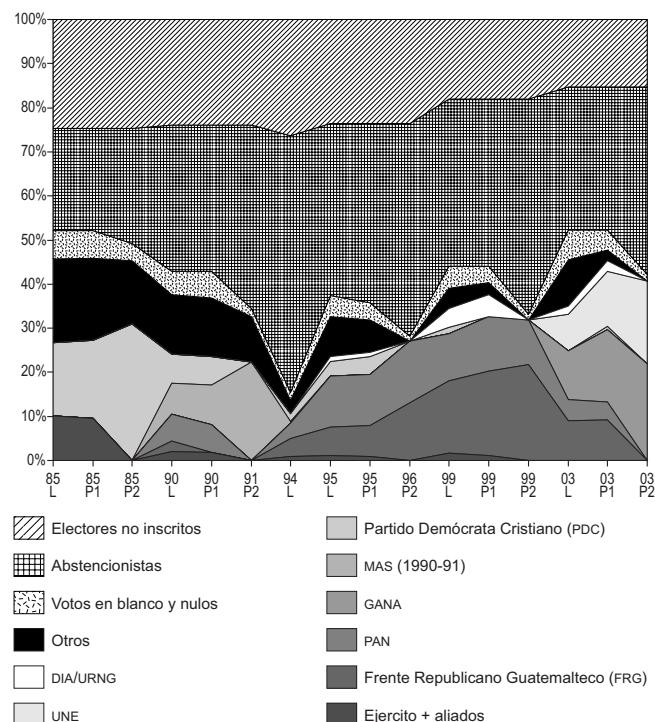
En resumidas cuentas, se registran dos tendencias opuestas que tienden a convergir a nivel subregional: mientras que los sistemas bipartidistas de Honduras y Costa Rica tienden a fragmentarse en términos territoriales, los sistemas multipartidistas de Nicaragua y El Salvador tienden a estructurarse crecientemente, como consecuencia de la fuerte polarización política. En otras palabras, la llamada “excepción costarricense” tiende a diluirse frente a los procesos de fragmentación y estructuración territorial del voto en los otros países del istmo, lo que ilustra el interés de un análisis comparativo y transversal de las mutaciones recientes de los procesos electorales en Centroamérica.

Votos “cruzados” o “quebrados”

El tercer eje transversal para el análisis espacial de los comportamientos electorales de los centroamericanos se relaciona con los fenómenos recurrentes del voto “cruzado” o “quebrado”, que se observan entre distintos



GUATEMALA. Porcentaje sobre votos válidos



GUATEMALA. Porcentaje de votos sobre el número de electores en edad de votar (1985-2003).

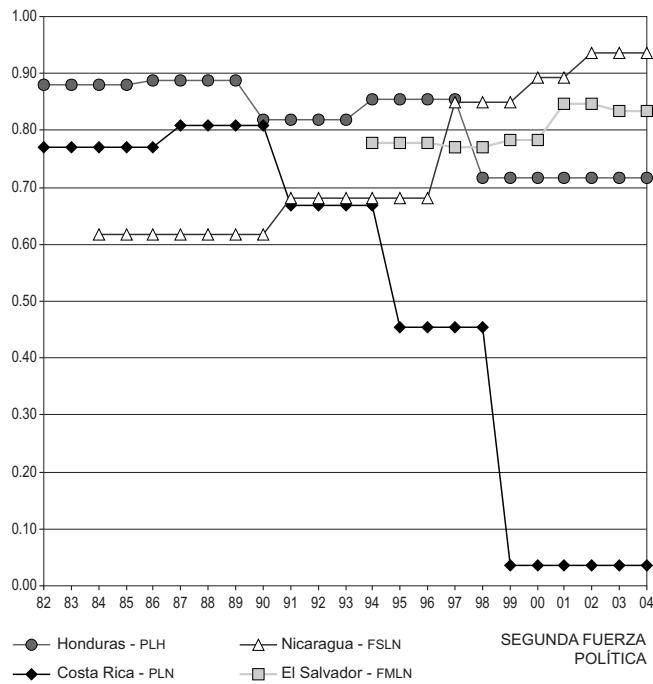
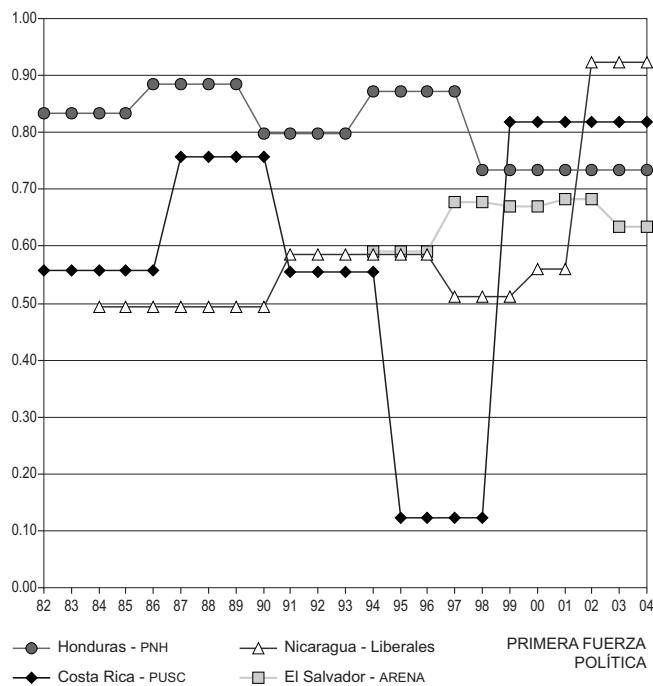
Gráficas 11 y 12 - Guatemala.

tipos de elecciones celebradas simultáneamente. Como muestra palpable del interés de este tipo de análisis, destaquemos que, incluso en los dos países centroamericanos con sistemas bipartidistas consolidados, una parte importante y creciente del electorado vota, cuando lo puede, por candidatos, independientemente de su adscripción partidista.

Tal fue el caso en las últimas elecciones generales de 2001 en Honduras, en las que 329 723 electores (el 15% del total de los votos válidos) votaron por un partido distinto en los comicios presidenciales y municipales. Este fenómeno inicia de hecho en 1997, con una serie de reformas electorales que separan sucesivamente las boletas para los distintos tipos de elección, antes de introducir más recientemente la posibilidad para los electores de elegir a sus representantes entre varias listas, invirtiendo incluso el orden de los candidatos (Cálix, en este número). La importancia creciente de este fenómeno incita así a matizar la impresión que se pudo tener sobre el voto "duro" del PLH y del PNH en el pasado. Aunados a las tendencias más recientes del voto en el país, estos efectos se incrementarán muy probablemente en el futuro próximo, lo que plantea una importante interrogante sobre la evolución del sistema bipartidista hondureño.

Asimismo, se puede mencionar el significativo voto "quebrado" que se dio en las últimas elecciones generales del 2002 en Costa Rica. En efecto, el 17% de los 400 681 electores que votaron en las presidenciales por el candidato "tercerista" del Partido Acción Ciudadana (PAC), no le aportaron su sufragio a los colegas diputados de Otton Solís, mientras que el 24% de ellos votó por un partido distinto en las elecciones municipales. Evidentemente, las dinámicas territoriales de estas variaciones, calculadas aquí a nivel nacional, pueden ser desagregadas y analizadas en las escalas de los 81 cantones, de los 462 distritos, y hasta de las 6 681 juntas receptoras de votos que fueron instaladas, en 2002, en el país.

Un tercer ejemplo ilustrativo de este tipo de análisis lo constituye el voto "cruzado" en las elecciones presidenciales y legislativas del 2003 en Guatemala, promovido activamente por muchas organizaciones sociales. En éstas, algunos analistas afirmaron que se había producido un voto de sanción en contra del candidato del FRG, el general Efraín Ríos Montt. No obstante, lo curioso es que con todo y las dificultades que el antiguo dictador y fundador de este partido tuvo para que le autorizaran su registro como candidato, éste obtuvo en realidad 15 994 votos más en las presidenciales (518 464) que los otros candidatos que



Gráficas 13 y 14 - Grado de estructuración territorial de las primeras y segundas fuerzas políticas.

se registraron bajo las mismas siglas, en las elecciones legislativas (502 470). Y este fenómeno aparece de manera todavía más pronunciada a escala municipal. En efecto, si bien es cierto que, en 124 municipios, un total de 20 915 ciudadanos votaron por el FRG en las legislativas sin votar por Ríos Montt en las presidenciales, en los otros 203 municipios en los que se celebraron elecciones, se produjo precisamente el fenómeno inverso. Aquí, 36 909 electores votaron por el general, más no por el partido que éste representaba. Por otra parte, cabe destacar que un efecto de arrastre similar se había producido en 1999, pero de manera aun mucho más acentuada. En este caso, 154 576 ciudadanos en 326 municipios votaron a favor de Alfonso Portillo en las presidenciales, pero no le dieron su sufragio al FRG en los comicios legislativos.

La detección espacial de irregularidades e inconsistencias electorales

Finalmente, la cartografía electoral también es un poderoso instrumento para detectar las fronteras de fenómenos más difusos, a veces ocultos, en la medida en la que éstos pueden percibirse en ocasiones a través de las “huellas territoriales” que dejan en los resultados electorales. Este tipo de análisis puede tener muy diversas aplicaciones en Centroamérica. Por el momento, nos contentaremos de los siguientes ejemplos concretos, para ilustrar su interés y potencial.

El primero de ellos se relaciona con los votos blancos, pero sobre todo con las boletas anuladas. En efecto, es bien conocido que el análisis micro de estos dos indicadores puede revelar irregularidades o prácticas políticas sospechosas. Un buen ejemplo nos es proporcionado por la evolución histórica y geográfica de los votos nulos en México, el cual constituye un indicador muy útil de la evolución de la calidad de los escrutinios en este país. En términos generales, desde 1991 se registran promedios bastante estables que varían ligeramente en el campo y en las ciudades, en la medida en la que están fuertemente relacionados con las tasas de analfabetismo y escolarización. Por ello, fuertes desviaciones con respecto a estos porcentajes “normales” suelen indicar inconsistencias e irregularidades en el proceso electoral, por ejemplo cuando no se registra ningún voto anulado en localidades de alta marginación, o cuando por el contrario su parte es tan importante que se vuelve decisiva para el resultado local de los escrutinios. En ambos casos, no se puede excluir la existencia de prácticas de fraude o coerción, mediante la “asistencia” e inducción del voto, o la alteración de las boletas después del cierre de los centros de votación: para anular un voto no deseado basta con tachar una segunda opción sobre la papeleta (Sonnleitner 2003).

En el caso de Centroamérica, otro fenómeno interesante fue comentado y discutido ampliamente durante los talleres de cartografía que realizamos en El Salvador, Costa Rica, Guatemala, Honduras y Nicaragua: la existencia de inconsistencias entre el número total de boletas que se contabilizan en escrutinios simultáneos de distintos tipos. Como bien lo destacó Oscar Hernández en nuestro seminario de geografía electoral en San José, las “discrepancias” en los totales de votos recibidos en las elecciones presidenciales, legislativas y municipales de Costa Rica, por mínimas que éstas sean, en teoría no deberían existir.⁹ Tras un animado debate con los especialistas y funcionarios del TSE que estaban presentes, señalé que, lo que realmente sería preocupante es que estas inconsistencias llegaran a tener una incidencia concreta sobre los resultados electorales de algunos distritos o juntas receptoras de votos. Para explorar esta posibilidad, se construyó durante el taller de cartografía un mapa que relaciona el número absoluto de “discrepancias” con el número absoluto de votos que le otorgaron efectivamente la victoria a los contendientes en los distintas circunscripciones electorales, visualizando aquellas pocas que efectivamente pudieron ser problemáticas.

Debates similares se desarrollaron también en los otros países de Centroamérica, donde las inconsistencias de los resultados electorales son, como era de esperarse, mucho más

importantes y problemáticas. Por ello, cabe destacar lo que se propuso a menudo a modo de conclusiones, aunque esta hipótesis no satisficiera siempre al conjunto de especialistas presentes, cada vez más preocupados y exigentes con la calidad de los procesos y la exactitud de los resultados electorales: que lo que realmente importa no es la existencia de irregularidades –hasta cierto punto incompresibles, ya que también se dan en las democracias más antiguas y consolidadas del mundo– sino su amplitud, evolución y proporción precisas –y si éstas tienen una incidencia concreta sobre los resultados políticos de las contiendas electorales–.

En otras palabras, más que exigirles a los datos que tengan una fiabilidad del 100% para no desecharlos en bloque, nuestra tarea como investigadores consiste en establecer con precisión su confiabilidad y sus limitaciones concretas, en vistas de contribuir a un conocimiento más riguroso de los procesos de transición y consolidación democráticas. Dentro de esta óptica, tampoco sobra mencionar las reacciones de los funcionarios y especialistas de los distintos tribunales electorales de Centroamérica que participaron en estos seminarios. Sin excepción, fueron todos totalmente abiertos, receptivos y sensibles a las críticas, explorando las razones a las que se pudieran deber y comprometiéndose a referirlas a los magistrados e instancias competentes, en vistas de investigar las irregularidades. Ello ilustra el ambiente de apertura y pluralismo en el que se desarrollan hoy en día los debates sobre las elecciones en Centroamérica, con la participación activa de especialistas y representantes de muchos sectores sociales y políticos. Muestra, a su manera, los avances sustantivos y alentadores de la democratización en el istmo, independientemente de su grado institucional de consolidación. Los desafíos para el desarrollo de la geografía electoral son, por lo tanto, superables, a condición de adaptarse a los imperativos específicos de los distintos países de esta pequeña subregión, lo que plantea la necesidad de adoptar una estrategia operativa adecuada.

HACIA UNA AGENDA OPERATIVA DE GEOGRAFÍA ELECTORAL PARA CENTROAMÉRICA... MÉXICO, BELICE Y PANAMÁ [A MODO DE CONCLUSIONES]

Partiendo del conjunto de estos elementos, y desde una perspectiva más operacional, el desarrollo de estudios comparativos más ambiciosos de geografía electoral en Centroamérica pudiera estructurarse en torno a los siguientes ejes de trabajo: (1) propiciar la elaboración de estudios monográficos nacionales; (2) realizar investigaciones comparativas sobre temas transversales a nivel subregional; y (3) ampliar los horizontes de dichos análisis comparativos, extendiéndolos hacia Belice, Panamá y México, y enriqueciéndolos paulatinamente con una perspectiva latinoamericana y continental.

Para empezar, cabe propiciar la elaboración de investigaciones monográficas sobre las geografías electorales de las repúblicas centroamericanas. En efecto, las dinámicas espaciales de los comportamientos electorales son, hoy en día, prácticamente desconocidas en la subregión. Por otra parte, si bien hemos avanzado sustancialmente en la construcción de bases bastante completas de resultados electorales relativamente confiables, tal no es el caso de las otras estadísticas sociodemográficas que se requieren para poder integrarlas dentro de los análisis. Como fue comentado repetidamente durante los distintos seminarios-talleres realizados, en muchos países la constitución de dichas bases sería parte de los objetivos y retos de la investigación. Asimismo, la realización de investigaciones empíricas sobre las características territoriales de las elecciones en los distintos países, mediante la participación de investigadores asociados y la formación de estudiantes a nivel de licenciatura, maestría o doctorado, contribuiría a alimentar un debate crítico, plural y contradictorio sobre los significados y las particularidades de los procesos electorales en los distintos países del istmo.

El segundo eje de trabajo consiste en seguir profundizando el análisis comparativo de las dinámicas territoriales del voto a nivel subregional y regional. Concretamente, se trata de ir

La fragmentación de los pequeños estados del istmo hace de Centroamérica un mosaico de unidades demográficas, socioeconómicas y políticas fuertemente diferenciadas.

desarrollando estudios temáticos sobre diversas problemáticas de interés transversal, tales como: (a) la evolución y los condicionantes territoriales de la participación electoral; (b) la capacidad explicativa de factores estructurales (demográficos y geográficos, económicos y sociales, religiosos y culturales, etc.) en la evolución de los comportamientos electorales; (c) la diferenciación del voto en zonas urbanas y rurales, y el peso de las áreas metropolitanas y de los principales centros de desarrollo; (d) las especificidades de los comportamientos electorales en contextos multiétnicos o pluriculturales; (e) los obstáculos al desarrollo de los procesos electorales en zonas de conflicto armado, de violencia política, social o criminal; (f) los efectos electorales de los procesos de migración interna e internacional, etc. Dichas investigaciones permitirían profundizar nuestra comprensión de diversos procesos transnacionales, e indagar en la explicación de los alcances, las limitaciones y los desafíos de la llamada "consolidación democrática" en Centroamérica.

Finalmente, destaquemos el interés de extender el horizonte geográfico del análisis hacia Belice y Panamá, pero de articularlo también con las agendas y proyectos de investigación que se están llevando a cabo en México y en el resto de América Latina. Como lo hemos visto, Centroamérica constituye un verdadero mosaico de experiencias complejas de cambio políticoelectoral, con fuertes especificidades territoriales, nacionales y locales. No obstante, el istmo también forma parte de dinámicas geográficas, históricas y geopolíticas mucho más amplias, que han sobrevivido a la fundación de los estados nacionales modernos en el siglo xix, o los han rebasado con la aceleración de los procesos de globalización en el siglo xx. Para dar solamente un ejemplo concreto del interés teórico y metodológico de un análisis comparativo entre México y Centroamérica, recordemos que, con sus cien millones de habitantes y sus dos millones de kilómetros cuadrados, el coloso mexicano tiene una superficie cuatro veces más grande y una población tres veces más numerosa que el conjunto de América Central (incluyendo a Panamá y Belice). Pero sobre todo, la fragmentación y debilidad de los pequeños estados del istmo contrasta fuertemente con el peso económico y político de su gran vecino del Norte. Así, una sola de las 32 entidades de la federación mexicana puede contar con más recursos y autonomía que un estado soberano centroamericano.

En otras palabras, cabe preguntarse hasta qué punto puede tener sentido una comparación entre México y El Salvador, y hasta qué punto no habría más bien que comparar estados federados mexicanos como Chiapas, con estados centroamericanos independientes como Guatemala. Ello indica la importancia crucial que puede adquirir la cuestión de la escala analítica, que se encuentra precisamente en el centro de nuestra reflexión teórica y epistemológica. En términos más concretos, en lugar de limitarnos a estudiar las especificidades nacionales de ocho países con características aparentemente singulares, nuestro objetivo será desentrañar las dinámicas transversales y propias de 94 departamentos o provincias, y de 2 016 municipios, distritos o corregimientos centroamericanos, contrastándolos con aquellas de 32 entidades federadas, de 300 circunscripciones legislativas y de 2 443 municipios mexicanos. ¿Qué mejor laboratorio para explorar los nuevos territorios y fronteras del voto en todos los contextos, niveles y escalas imaginables de la geografía electoral?

NOTAS

- 1 Según los resultados del latinobarómetro de 2004, los partidos políticos y los congresos no suscitan la confianza más que del 18% y 24% de los 18 717 encuestados respectivamente, ubicándose muy por detrás de la Iglesia (71%) y la televisión (38%), el presidente (37%) y las grandes empresas (42%), e incluso de las fuerzas armadas (40%) y la Policía (37%), cuya reputación es tan ambivalente en el subcontinente (latinobarómetro, 2004).
- 2 Todos los porcentajes provienen del latinobarómetro realizado en 2003, y fueron citados del análisis sintético que de ellos hacen Diego Achard y Luis González (2004: 115-135).
- 3 Sobre esta transformación histórica, véanse, entre muchos otros, los trabajos comparativos coordinados por O'Donnell, Schmitter & Whitehead (1986), Diamond, Linz & Lipset (1989), Couffignal (1992), Nohlen (1994), Marqués Pereira (1994), Mainwaring (1995), y Linz & Stepan (1996).
- 4 Al respecto, existe un amplio consenso entre la enorme mayoría de colegas que participaron en los siete seminarios-talleres que realizamos, entre agosto y diciembre de 2004, en los cinco países del istmo.
- 5 Dicho índice sintético está compuesto por cuatro dimensiones, relacionadas con el reconocimiento del derecho al voto, los grados de limpieza y libertad de las elecciones, y su efectividad como medios de acceso a cargos públicos (PNUD 2004:73-86).
- 6 Los datos para la elaboración de esta gráfica provienen en parte de las bases constituidas por International IDEA (1997) y Payne, Zovatto, Carrillo y Allamand (2003), y fueron cotejados y actualizados con los datos obtenidos directamente de los organismos electorales centroamericanos en 2004.
- 7 Como se sostiene en un estudio reciente de Ciska Raventós, Olman Ramírez, Marco Vinicio Fournier, Ana Lucia Gutiérrez y Raúl García, la composición sociológica de los sectores abstencionistas es fluctuante y heterogénea, mucho más compleja y volátil de lo que se había pensado hasta la fecha, lo que contrasta con las dinámicas espaciales, sorprendentemente estables, del fenómeno. Al respecto, véase la ponencia "Participación y abstención electoral en Costa Rica", presentada por Olman Ramírez y Ciska Raventós en el I Seminario-taller de geografía política y cartografía electoral de Costa Rica, IHEAL, CEMCA, Instituto de Investigaciones Sociales-Escuela de Ciencias Políticas-Escuela de Geografía-Universidad de Costa Rica, 18 de noviembre de 2004, San José.
- 8 El grado de estructuración territorial es la correlación Pearson entre dos elecciones sucesivas, a nivel municipal y cantonal. Un incremento de dicha correlación para el FSLN (en Nicaragua) indica que este partido tiende a obtener sus mejores resultados en los mismos municipios, entre las dos elecciones sucesivas. En cambio, el declive de dicha correlación para el PLN (en Costa Rica) indica que la distribución espacial del voto de ese partido se parece cada vez menos, lo que indica un proceso de fragmentación de las bases territoriales de dicho partido a nivel cantonal.
- 9 Oscar Hernández: "Discrepancias en los totales de votos recibidos en las elecciones nacionales (1974-1998)", ponencia presentada durante el I Seminario-taller de geografía política y cartografía electoral de Costa Rica, IHEAL, CEMCA, Instituto de Investigaciones Sociales-Escuela de Ciencias Políticas-Escuela de Geografía-Universidad de Costa Rica, 18 de noviembre de 2004, San José.

BIBLIOGRAFÍA

- Artiga González, Álvaro 2000 - *La política y los sistemas de partidos en Centroamérica*. FUNDAUNGO, San Salvador.
- Bussi, Michel 1998 - Éléments de géographie électoral à travers l'exemple de la France de l'Ouest, Rouen. *Publications de l'Université de Rouen* 240.
- Cardenal Izquierdo, Ana Sofía & Salvador Martí i Puig 1998 - *América Central, las democracias inciertas*. Tecnos, Madrid y Servei de publicacions, Universitat autònoma de Barcelona, Barcelona.
- Couffignal, Georges (dir.) 1992 - *Réinventer la démocratie. Le défi latino-américain*. Presses de la Fondation nationale des Sciences politiques, París.
- Dabène, Olivier 1997 - *Amérique latine, la démocratie dégradée*. Ed. Complexe, París.
- Diamond, Larry, Juan Linz & Seymour M. Lipset 1989 - *Democracy in Developing Countries*. Vol. 4 - Latin America. Lynne Rienner Publishers, Boulder.
- Hermet, Guy 2001 - L'Amérique latine face à la théorie démocratique. *Cahiers du GELA-IS*, 1: 11-30.
- International IDEA 1997 - *Voter Turnout from 1945 to 1997: a Global Report on Political Participation*. Stockholm.
- Latinobarómetro 1996-2004 - *Opinión pública latinoamericana*. Santiago de Chile.
- Le Bras, Hervé 2002 - *Une autre France*. Odile Jacob, París.
- Lehoucq, Fabrice 2005 - Trouble in the Tropics: Two-Party System Collapse and Institutional Shortcomings in Costa Rica. *Journal of Democracy* (julio de 2005).
- Linz, Juan & Alfred Stepan 1996 - *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*. The John Hopkins University Press, Baltimore, London.
- Mainwaring, Scott (et al.) 1995 - *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford University Press, Stanford.
- Marqués Pereira (dir.) 1994 - *L'Amérique latine vers la démocratie*. Ed. Complexe, Bruxelles.

- Nohlen, Dieter 1994 - *Elecciones y sistemas de partidos en América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México.
- O'Donnell, Guillermo 1992 - *Delegative Democracy?* The Helen Kellogg Institute for international studies University of Notre Dame.
- O'Donnell, Guillermo, Philippe Schmitter & Lawrence Whitehead 1986 - *Transitions from Authoritarian Rule. Tentative Conclusions about Incertain Democracies*. The John Hopkins University Press, Baltimore.
- Payne, Mark, Daniel Zovatto, Fernando Carrillo Flórez & Andrés Allamand Zavala 2003 - *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*. Banco Interamericano de Desarrollo, Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral, Washington, D.C.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) 2004 - *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. PNUD, Alfaguara, Buenos Aires.
- Rouquié, Alain 1992 - *Guerres et paix en Amérique centrale*. Seuil, Paris.
- Rovira Mas, Jorge 2001 - ¿Se debilita el bipartidismo? En Jorge Rovira Mas (ed.), *La democracia de Costa Rica ante el siglo XXI*: 195-232. Friedrich Ebert Stiftung, Ed. de la Universidad de Costa Rica, San José.
- Seligson, Mitchell 2001 - ¿Problemas en el paraíso? La erosión en el apoyo al sistema político y la centroamericanización de Costa Rica 1978-1999. En Jorge Rovira Mas, (ed.) *La democracia de Costa Rica ante el siglo XXI*: 87-120. Friedrich Ebert Stiftung, Ed. de la Universidad de Costa Rica, San José.
- Siegfried, André 1995 - *Tableau politique de la France de l'Ouest*. Imprimerie nationale Éditions, Paris. [1^e éd. : Librairie Armand Colin, 1913].
- Sonnleitner, Willibald 2003 – « Démocratisation électorale, violence révolutionnaire et indianité. Éléments pour une sociologie régionale de la transition politique dans les Hautes Terres du Chiapas, Mexique (1988-2001) ». Thèse de doctorat., Université de la Sorbonne-Paris III, Paris.
- Torres-Rivas, Edelberto 1992 - Escenarios y lecciones de las elecciones centroamericanas: 1980-1991. *Revista mexicana de sociología* 54 (3) juil.-sept.:45-67.
- Van Eeuwen, Daniel & Yolande Pizetty-Van Eeuwen (coords.) 1995 - *Élections et démocratie : Amérique latine-Caraïbes*. CREALC, Aix-en-Provence.